

# LECTURAS RECOMENDADAS

Irene Vallejo

## EL INFINITO EN UN JUNCO

Siruela, Madrid, 2019, 449 págs.

23,70 euros (papel) / 11,39 euros (digital)



De «ensayo de aventuras» ha calificado Luis Landero *El infinito en un junco*, que con veinte ediciones en menos de un año, se ha convertido en un fenómeno editorial. Y como un relato de aventuras comienza: grupos de jinetes, enviados por el rey Ptolomeo de Egipto recorren el mundo conocido en el si-

glo III a.C. a la búsqueda de libros. El monarca quiere poner el colofón póstumo al sueño de Alejandro Magno. El macedonio había levantado una gran ciudad en el delta del Nilo y quería instalar allí la primera biblioteca del mundo.

*El infinito en un junco* cuenta la invención del libro en la Antigüedad. Y aunque el ensayo se refiere a Grecia y Roma, dialoga constantemente con el lector contemporáneo. La autora lleva años haciéndolo, a través de sus columnas de *Heraldo de Aragón* –y desde hace unos meses de *El País*–. Doctora en Filología Clásica por las universidades de Zaragoza y Florencia, Irene Vallejo interpela al

hombre de hoy al traer al presente los ecos de un mundo solo aparentemente extinguido.

Desde el principio deja clara esa conexión al emparentar la biblioteca de Alejandría con la World Wide Web de Tim Berners-Lee, y con *La biblioteca de Babel* de Borges, «alegoría profética del mundo virtual, de la desmesura de internet». Alejandría era la avanzadilla del helenismo, «antecedente de la globalización». La cultura griega y sus signos distintivos —explica la autora— eran como «los McDonalds y los productos de Apple que uniformizan el mundo». Y el Faro de Alejandría, desempeñaba en el siglo III a.C. «la misma función simbólica que las Torres Gemelas».

Cuenta Vallejo que Marco Antonio puso a los pies de Cleopatra 200.000 volúmenes, y comenta, «en Alejandría, los libros eran combustible para las pasiones». Desfilan ante el lector los grandes autores latinos; y Vallejo es capaz de sintetizar e interpretar a Virgilio o al hispanorromano Marcial (nacido en BÍlbilis, Calatayud), genio satírico en los epigramas. Y apunta que hasta el tema de «*Fahrenheit 451*, de Bradbury», era una realidad en el mundo romano: «un compañero de Agustín de Hipona recitaba todos los poemas de Virgilio —miles y miles de versos—».

Nada relacionado con el libro y la escritura escapa al microscopio de la autora. Así, explica el origen fenicio del alfabeto, «las más perfecta partitura del lenguaje y la más duradera». Y da noticia de la evolución del libro, del papiro al *kindle*, pasando por la imprenta de Gutenberg. Sin olvidar la tecnología de la escritura, del cálamo al bolígrafo, «genial invento del periodista húngaro Laszlo Biró».

Vallejo concluye con la desaparición del mundo antiguo, tras la caída del Imperio Romano de Occidente. Pero cuando el ocaso de los libros parece inevitable, «las fábulas, ideas y mitos de Roma encuentran un paradójico refugio en los monasterios». Cada monje copista «alberga un destello del Museo de Alejandría». Ese legado ha llegado a los lectores del segundo milenio. Como dice Umberto Eco, el libro «pertenece a la misma categoría que la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras. Una vez inventados no se puede hacer nada mejor».

*El infinito en un junco* es un Nilo de información y erudición, tan largo como divertido, con meandros amenos y variopintos –como las experiencias de la propia autora en Florencia o en la biblioteca Bodleiana de Oxford–. Sin olvidar los lazos humanos que trenzan las letras «signos muertos y fantasmales»: como el ebanista Zimmer, tan enamorado de la novela *Hiperión*, que sacó a su autor, el poeta Hölderlin, de la clínica mental en la que estaba ingresado y lo cuidó durante treinta y seis años.

Precisamente el amor es uno de los hilos del tapiz. Desde los poemas de Safo hasta Ovidio (y su *Arte de amar*). El amor de las mujeres, «tejedoras de historias». *El infinito en un junco* rinde homenaje a las eternas silenciadas que, sin embargo, tenían mucho que decir. La autora alude a su propia madre que le descubrió la magia de los cuentos; y a Pilar Iranzo, su profesora de Griego del instituto, que le hizo entender, al traducir Antígona o Medea, que «las obras clásicas se habían escrito para nosotros». Tejedoras de historias: desde Madame de Stäel hasta Harper Lee, pasando por Virginia Woolf, Teresa de Ávila o Flannery

O'Connor, o patricias romanas como la poetisa Sulpicia o Julia Agripina, madre de Nerón, cuyas memorias perdidas solo conocemos por alusiones.

O focos de cultura, como la pagana Hipatia de Alejandría, seguidora de Platón, que a finales del siglo IV escribió sobre álgebra y astronomía y fue una intelectual respetada por su sabiduría. Tuvo un trágico final, cuando se produjeron luchas entre cristianos y judíos: una muchedumbre exacerbada, a las órdenes del obispo Cirilo, la secuestró acusándola de bruja, la mataron a golpes y quemaron los restos. Aunque las sospechas recayeron sobre el obispo Cirilo, como instigador del crimen, no está clara su responsabilidad. Vallejo explica que «las pruebas de lo que hoy llamaríamos autoría intelectual son siempre muy huidizas» y consigna: «no se llevó a cabo una verdadera investigación».

El amor se extiende a librerías y libreros, «oficio de riesgo», por la amenaza de la censura, desde los copistas y libreros crucificados por el emperador Domiciano, hasta los que sufrieron la persecución de Hitler. Y apostilla la autora, siguiendo al poeta Heine, que «allí donde queman libros, se acaba quemando personas».

Y es que todo el libro es un puente entre la Antigüedad y el mundo contemporáneo, entre *ellos* y nosotros. Como en las *Metamorfosis* de Ovidio, la cultura grecolatina se transforma y sigue palpitando bajo distintos ropajes: Heráclito es «el padre de Proust». Y su máxima «*nadie se baña en el mismo río*, imagen acuática de un mundo siempre cambiante remite a Manrique —*nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar*—, y a Bauman y su modernidad líquida».

Y sigue diciendo Vallejo: «El mito platónico de la caverna regresa en *Alicia en el país de las Maravillas* y en *Matrix*; *Frankenstein* de Mary Shelley fue imaginado como un moderno Prometeo; *Edipo* se reencarna en el desgraciado rey *Lear*; *Gilgamesh* en *Supermán* o Séneca en Montaigne». La autora recuerda que hasta «la Guía Michelin» tiene un sabroso antecedente en la Antigüedad: un ensayo del siglo II incluye a los Siete Grandes Cocineros griegos, cada uno con su especialidad (pescado, lentejas, etc.). Y con «una ironía muy actual» aquel librito apunta que «de todos los condimentos, el más importante en la cocina es la fanfarronería».

No parece exagerado el elogio del premio Nobel Vargas Llosa ante la declaración de amor de Irene Vallejo al libro, más allá del espacio y del tiempo: «Tengo la seguridad absoluta de que *El infinito en un junco* se seguirá leyendo cuando sus lectores de ahora estén ya en otra vida». ■

Alfonso Basallo

(Doctor en Comunicación, periodista y escritor)